

El fatal vacío de información

En las últimas semanas ocurrieron dos hechos cuya mutua contrastación debería suscitar una profunda reflexión por parte de las autoridades uruguayas.

Por una parte se cumplió una doble etapa en el saneamiento de la posición externa del país. La misión del FMI regresó a Washington luego de comprobar que las metas establecidas para junio se habían cumplido, lo que libra al Banco Central los fondos del segundo tramo del programa, o sea algo más de US\$ 50 millones. De manera prácticamente simultánea, luego de firmarse en Nueva York el acuerdo con los bancos internacionales, éstos pusieron a disposición de nuestra autoridad monetaria el primer tramo, de US\$ 120 millones, del préstamo de 240 millones anexo al acuerdo para refinanciar a mediano plazo (seis años con dos de gracia) la deuda externa del sector público.

Esto por una parte. Pero mientras la posición externa del Banco Central alcanzaba su cota más alta desde la terrible sangría de reservas de 1982, al mismo tiempo, la misma semana pasada, corrían rumores persistentes de que se decretaría un feriado bancario para llevar a cabo una gran devaluación, y se pasarían los depósitos en dólares a pesos, convirtiendo aquellos a un tipo de cambio arbitrario, de alrededor de N\$ 30.

El absurdo de los rumores era patente para cualquier persona bien informada. Implicaban que las autoridades uruguayas se aprestarían a violar flagrantemente su acuerdo con el FMI, cuando estaban precisamente comenzando a cosechar los frutos del esfuerzo de haberlo cumplido hasta ahora, y que estarían dispuestas a romper con la comunidad financiera internacional, como quien dice al día siguiente de haber firmado con un grupo de sus más conspicuos representantes un contrato de laboriosísima preparación, el cual, como suele acontecer con los de su género, superaba su vigencia al respeto de la "condicionalidad" del Fondo por parte del país deudor.

Dicho más brevemente: los rumores implicaban que, luego de haber logrado recomponer adecuadamente su liquidez internacional, con un horizonte despejado por varios años — sólo sujeto a la observancia de determinada disciplina monetaria y fiscal — las autoridades uruguayas habrían resuelto de **motu proprio** precipitar al país en la bancarrota internacional.

El absurdo total podría decirse. Sin embargo, esos rumores absurdos, patentemente falsos para cualquier persona medianamente bien informada, corrieron como reguero de pólvora por la plaza montevideana, agolparon al público en los cambios, provocaron considerables retiros de depósitos, y provocaron una depreciación aguda del peso uruguayo.

Que semejantes rumores son gestados deliberadamente por agentes interesados en desestabilizar al gobierno nos parece la única hipótesis plausible en cuanto a su origen, pero esa vertiente de la cuestión, la vertiente policial podría decirse, no es la que deseamos enfocar. La vertiente en que queremos centrar nuestro análisis es la que concierne la crítica vulnerabilidad del gobierno a esa clase de ataques.

La última ola de rumores de la misma índole se había abatido sobre la capital antes de la semana de Pascua, como nos lo recuerda el acentuado pico que dejó impreso en la gráfica de la cotización del dólar. Entonces podría pensarse que el retorno previo de las autoridades desde Washington con las manos vacías en cuanto al acuerdo con el FMI, unido a la extensión desmesurada del feriado que se avecinaba, habían prestado a la noticia falsa su espuria credibilidad. Pero ahora, con todos los acuerdos que había que firmar en casa, y encima la caja bien provista, ¿cómo pudo un rumor tan absurdo cobrar fuerza?

Es imposible dejar de concluir que hoy en día la credibilidad del gobierno está más baja aún que cuatro o cinco meses atrás, y ello cuando las condiciones objetivas deberían ayudarle incomparablemente más a recuperar confianza.

La falta de credibilidad del gobierno es hoy sin lugar a dudas su problema principal. Desgraciadamente, es más que eso: constituye el problema principal del país. Con mediana confianza del público, y merced al buen comportamiento de las exportaciones, la economía tendría que haberse puesto en marcha, y el nivel de desempleo tendría que haber empezado a bajar. Lamentablemente, el retorno de la vitalidad económica no es aún perceptible. A esta altura debe haberse acumulado un excedente de exportaciones sin precedentes, de más de US\$ 300 millones. El poder de compra implícito en ese saldo, ¿dónde está? ¿Cómo no se vierte en demandas por bienes y servicios? Presuntamente porque los

uruguayos siguen acumulando dólares a la espera del segundo acto de la catástrofe cambiaria.

Con esa acumulación de fondos líquidos la economía uruguaya se parece hoy a un resorte comprimido, listo para saltar. Por desventura, la falta de credibilidad del gobierno opera como un retén capaz de postergar el movimiento indefinidamente.

Las autoridades deben comprender que han errado el camino y que el estado de postración en que vemos a la economía, y el paro obrero que se extiende a unos cien mil hombres y mujeres por encima del nivel normal, dependen directamente de ese error, y no llevan miras de corregirse hasta que él sea subsanado.

Como ya hemos señalado otras veces, el problema de credibilidad en que el gobierno se encontró inmerso después del **shock** de noviembre no era fácil, en virtud de otros errores que ya había acumulado previamente. Pero la única consecuencia que se deriva de aquéllos es la necesidad urgente de que el gobierno haga un esfuerzo serio para revisar su política en materia de información. Dicho en otras palabras: si la gente no cree en él, y esto es indudable, es imperativo que se pregunte cuál es la causa.

A nuestro modo de ver, esa investigación mostraría esta clase de resultado:

- Es un error crear un vacío de información, y pretender llenarlo con propaganda. La gente no sólo pone una muralla de escepticismo entre ella y la propaganda: engloba en su descredito y en su reprobación ética, a la fuente de la propaganda.

- Es un error suprimir y demorar información estadística. La gente no espera que todas las noticias sean buenas. Si todas las noticias son buenas, la gente sabe con certeza que no son dignas de crédito.

- Es un error imponer restricciones a la labor informativa y a los comentarios de la prensa. Cuando la gente sabe que los periódicos publican sólo lo que el gobierno les permite, los borran, en el mejor de los casos, como fuente de información; en el peor, creen lo opuesto de lo que leen.

En síntesis, la honestidad informativa y el respeto por la libertad de prensa son virtudes redituables. El ejemplo de los países más prósperos lo prueba. Es una conclusión que el gobierno uruguayo no debería seguir desatendiendo.